

Primer misterio: El Anuncio del Ángel y la Encarnación del Verbo

La Encarnación del Hijo de Dios es el misterio de la humillación y de la misericordia. Para realizarlo, Dios pide el consentimiento de la Virgen por medio del arcángel San Gabriel.

Pero la Virgen no entiende cómo puede ser Madre sin perder la gloria de la virginidad que ha consagrado al Señor. Por eso pregunta: «¿Cómo podrá ser esto?». Es la pregunta de un corazón humilde y sincero que solamente desea hacer la voluntad de Dios; una vez conocida por las palabras del mensajero celestial, la Virgen se entrega incondicionalmente al querer divino: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».

María acepta la voluntad de Dios en su camino de fe; no pone obstáculos a la acción del Espíritu Santo. Todo lo contrario al actuar humano, opuesto tantas veces a los planes del Señor. El apóstol san Pablo advirtió: «Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones (...); apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas» (2 Tm 4, 3-4). ¿No es esto mismo lo que estamos presenciando en los tiempos actuales? ¿No es verdad que nos hemos empeñado en negar las verdades que nos resultan incómodas? Por eso, dijo el Señor en el mensaje de 4 de noviembre de 1995: «...vengo a enseñarles las verdades, a enseñarles a amar. Hijos míos, no seáis árboles estériles, sed árboles fértiles; allí donde estéis dad buen fruto, hijos míos. Yo vengo a enseñar el amor, la misericordia hacia los necesitados».

Segundo misterio: La Visitación de María Santísima a santa Isabel

Esta escena evangélica es el encuentro de la Madre del Mesías con la madre del Precursor. Encuentro de gozo amoroso, lejos de todo sentimiento de envidia, que es tristeza por el bien ajeno. María se alegra con la noticia y corre presurosa a compartir ese gozo con santa Isabel, a la vez que practica la caridad y la humildad con ella, poniéndose a su servicio.

¡Qué lección de amor, de alegría y de humildad! ¡Qué virtudes tan importantes! En el mensaje de 13 de noviembre de 1981, resaltaba la Virgen: «Diles que el que no tenga amor y no cumpla con los mandamientos de la Ley de Dios no se salvará; el prójimo está en cualquier ser humano». Y el 23 de abril de 1983 añadía: «Amad a vuestro prójimo, hijos míos; el que no ama al prójimo, no ama a mi Hijo».

¿No es verdad que la raíz de muchos de nuestros pecados de crítica, murmuración, calumnia..., es la envidia atizada por la soberbia? Y ¿qué es la envidia sino falta de amor?

Quienes nos declaramos devotos de María, hemos de desechar cualquier rasgo de envidia y apartar de nuestros corazones todo sentimiento impropio de un hijo de la Virgen. La consagración a María exige amar lo que Ella ama y como Ella lo ama; exige imitarla e imitar a su Hijo Jesús; como señala san Juan en su primera carta: «Quien dice que permanece en Él, debe vivir como vivió Él» (1 Jn 2, 6).

Tercer misterio: El Nacimiento del Hijo de Dios en Belén

La humillación se hace es extrema en el Nacimiento del Hijo de Dios; lo narra san Lucas: «...y dio a luz a su Hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lc 2, 7). El Señor tuvo que nacer en una cueva donde las ovejas tenían sus corderos. ¡No en vano es el Cordero que quita los pecados del mundo!

Decía bellamente el Señor en el mensaje de 7 de diciembre de 1991: «*Yo soy el Hijo de Dios vivo. Yo, como un gigante, di un salto del Cielo a la Tierra; dejé mi Patria y vine a sufrir a la Tierra, para que el hombre dejase de ser siervo y para llamarle amigo*». Es la grandeza de todo un Dios que se humilla descendiendo del Cielo a la Tierra para redimir a la Humanidad. Este mensaje nos recuerda lo que está escrito en el libro de la *Sabiduría*, y que se ha utilizado para hablar del nacimiento del Verbo humanado: «Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real, en medio de una tierra condenada al exterminio» (Sb 18, 14-15).

«¡Inmenso abismo de caridad! —exclama santa Catalina de Siena— ¿Puede haber un corazón tan duro que pueda mantenerse entero y no partirse al contemplar el descenso de la infinita sublimidad hasta lo más hondo de la vileza, como es la de la condición humana?»¹.

¹ *Diálogo sobre la Divina Providencia*, c. 4, 13.

Cuarto misterio: La Presentación del Niño Jesús y la Purificación de la Virgen María

Jesús no necesitaba ser presentado en el templo, ni rescatado como los demás primogénitos. Él es el templo de Dios; en Él habita la plenitud de la divinidad (cf. *Col 2, 9*). También Él es el Salvador y Redentor; con su Sangre derramada en la Cruz rescató a los hombres de la esclavitud del pecado.

Tampoco la Virgen tenía que pasar por la purificación de una mancha legal ni moral. Ella era inmaculada y llena de gracia; pero Jesús y María obedecen, se humillan. María, la nueva Madre de la Humanidad, experimentará en su Corazón la espada de dolor de la ingratitud. Se mezclan en este misterio el gozo y el dolor.

Por eso, nuestra Señora, que tanto sabe de penas y dolores, es igualmente, para los demás, Consoladora de los afligidos. Su Hijo, en un desbordamiento de amor hacia Ella, refería en el mensaje de 1 de agosto de 1998: *«Yo, el Hijo de Dios vivo, el Hijo de María, Jesús, quiero que conozcáis su nombre, quiero que sepáis el poder de María. María tiene poder de aplastar la cabeza del enemigo. María es la Joya pura del Cielo. María es el Canal de todas las gracias. María es la Medianera de los hombres y yo. ¿Cómo los hombres no acuden a María? (...). ¡Qué alegría siente mi Corazón cuando los hombres van a María a comunicarle su dolor, su pena, sus alegrías, sus tristezas y angustias; y Ella con sus manos maternas me las presenta a mí! Yo no puedo negar a mi Madre las gracias que me pide».*

Quinto misterio: El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo

«Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, es Sacerdote eterno ungido con óleo de alegría para ofrecerse como víctima perfecta y pacificadora en el altar de la Cruz», dice el prefacio de la Misa de Jesucristo Rey. Todo su ser y obrar estaban orientados, desde su ardiente Corazón, a satisfacer al Padre por los pecados de los hombres; su único deseo era hacer la voluntad del Padre; la gloria del Padre era su gloria. ¡Qué contraste con nuestra vida orientada hacia lo pasajero y caduco, y asfixiada por las cosas de este mundo! ¿A dónde se dirigen nuestros caminos? ¿Cuántas veces se cumplen las palabras de la profecía de *Isaías*!: «Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos —oráculo de Yahveh—. Porque cuanto aventajan los Cielos a la Tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros» (*Is* 55, 8-9).

Por este motivo, nos advertía la Virgen el 23 de julio de 1983: «...retiraos de aquéllos que os quieran llevar por el camino de la perdición, hijos míos (...). Humildad es lo que pido y sacrificio; haced, hijos míos, penitencia y acercaos al camino de vuestro Padre Celestial; ese camino es el de las espinas, hijos míos (...); no os vayáis por el camino de las rosas».

Quienes acudimos a Prado Nuevo hemos de ser de aquellos apóstoles que Cristo necesita en estos tiempos, para hacer efectiva su Redención.